

XV

EL CIELO SE ACLARA.

(EL CUADERNO AZUL.)

He dejado caer la rosa, querida mía, ó mas bien, yo no sé cómo la rosa ha caído sola. Al principio me puse furiosa contra esta conspiración de la casualidad, que me impelia por decirlo así á pesar mio, á dar un paso que había resuelto no dar. Ahora le agradezco, si bien no estoy contenta de su proceder, por no haberme dejado caer la rosa por mi propio impulso.

Pues creo bien, mira, que en todos los casos la hubiera arrojado.

Es que esta linda rosa es en efecto un verdadero talisman. Solo al tocar la arena del bosque de Bolonia, ha evocado en seguida al príncipe misterioso, al libertador desconocido de los cuentos de las hadas.

El vizconde don José de la Cruz, no es ni vizconde, ni don José, ni de la Cruz. ¿De dónde viene? lo ignoro. ¿Adónde va? no lo sé. Pero lo que sí me consta, lo que yo adivino, lo que me gritan todas las voces íntimas de mi conciencia y de mi fé, es que jamás corazón mas noble, mas adicto, ha latido en un pecho mas viril. Es que él es el salvador que yo esperaba, y que bendigo y amo.

Al volver del paseo, merced á un nuevo prestigio de esa « magia blanca » de que ya te he hablado, y que no trató de comprender ni de explicarme, encontré la respuesta á la rosa. Un corto billete en que se me daban gracias por mi confianza, suplicándose además que asistiera al siguiente día á una fiesta diurna que daba la señora de Monte-Cristo.

Encontré al señor muy exigente; pero no me incomodé mucho con él por eso, y como tenía la experiencia de la mañana anterior, como sabía que todos mis propósitos de resistencia y nada serian una misma cosa, y que la hada que le protege encontraría ciertamente un medio de frustrarlos en el último momento, me aborré la pena de ponerme frente á frente de mi misma, haciendo juramentos imposibles de cumplir.

Por otra parte, ¿quieres que te lo diga? ¿Y por qué no te lo diría á tí, la confidente de mis secretos? Era desgraciada, estaba celosa. Sí, me acuso de ello como de un crimen; porque ¿no es un crimen de amor el dudar? Sin embargo, una hora, la mas cruel de la vida, he dudado de él. He escuchado, sin que mi corazón me desmintiese, las maledicencias que se propagaban á mis oídos acerca de él. ¡Ay de mí! ¡desgraciada! Despues yo dudaba, y si deseaba tanto ir á la fiesta de la señora de Monte-Cristo, era no tanto para buscar con M. de la Cruz el medio de sustraerme á la union meditada sino para hacerle justificarse á mis ojos.

La fiesta de la señora de Monte-Cristo era meramente una merienda. Había allí una cincuentena de pensionistas del Sagrado Corazón del convento de los Pájaros, de todos los establecimientos de educación mas aristocráticos. No había sino vestidos blancos, cintas de color de rosa y cintas azules. Me creía un instante trasportada á B..., y yo buscaba con los ojos nuestro banco de piedra debajo del castaño de Indias.

Las señoritas corrian... que era un gusto. Las mayores bailaban en el fino musgo donde se había instalado un violinista encima de su barrica, como en una fiesta de campo. Nada de ceremonias, era encantador. Mientras tanto las mamás, sentadas en la terraza debajo de un emparrado cubierto de clemátidas y aristoloquias, conversaban teniendo con la punta de los dedos algunas laborcillas de señoras.

Yo estaba con ellas, hojeando negligentemente un libro de imágenes que había tomado sobre la mesa del salón.

— La señorita Cipriana, dijo la señora de Monte-Cristo con su buena, su indulgente sonrisa, no tiene trazas de divertirse mucho en nuestra compañía, somos demasiado viejas para ella y ella es demasiado juiciosa para esas jovencitas.

Traté de protestar, pero ella tendiendo su fina mano blanca sobre el libro,

— Las flores que están ahí pintadas, dijo, son muy bellas, pero sin vida y sin perfume: las encontrareis en el invernadero perfumadas y vivaces. Sin duda os gustan las flores, ¿no es verdad, señorita Cipriana?

— ¡Oh! mucho, señora.

— Entonces permitidme que os dé un guía.

Y haciendo una seña con la mano á una linda jovencita de cabellos rubios rizados, que pasaba al pié de la terraza haciendo rodar su aro,

— Lili, la dijo, ¿quieres conducir á la señorita al invernadero?

— ¡Oh! ¡con mucho gusto! respondió la chiquitina fijando en mí sus grandes ojos atónitos.

Y tendiéndome su manecita rechoncha que yo estreché en la mía:

— Ven, señorita, me dijo la chiquitina.

En este momento, me volví para pedir la venia de mi madre, y la vi con sus ojos humedecidos de lágrimas fijos en nosotras. Ella inclinó la cabeza dulcemente y yo seguí á Lili; pero no sé por qué me volví á mirar de nuevo y me apercibí, ¡con qué estremecimiento! que mi madre fingiendo dejar caer su bordado, había cogido á hurtadillas la mano pendiente de la señora de Monte-Cristo, y la besaba.

Caminando, miraba á la niña Lili, mi lindo guía. Nada de mas adorable que este pequeño ser sonrosado y blanco, ligero como un pájaro, delicado como un lirio. Largos cabellos rizados caían sobre sus hombros, y de tiempo en tiempo, con un movimiento vivo, los echaba hácia atrás.

Habíamos llegado á la entrada del invernadero.

— ¡Cómo debe amaros vuestra mamá! señorita Lili, la dije.

Hizo un pequeño gesto triste.

— No sé, respondió, aunque me dicen que sí. Yo, no creo; si me amara, vendría á verme. Por eso no quiero otra mamá que mamá Elena.

— ¿Quién es mamá Elena?

— Mamá Elena... ¡es la señora de Monte-Cristo!

Pobre niña, me hizo pensar en mis tristezas en el convento de B...

— ¿Y no amais mas que á mamá Elena?

— ¡Oh! dijo Lili, y á otros también. Así, amo mucho á mi tío José, y á Rosa, y á tí también, señorita, porque mamá Elena me ha dicho que era preciso; pero yo veo que no tenía necesidad de mandármelo.

— En ese caso, ¿quiereis que yo os abrace?

— ¡Oh! ¡con todo mi corazón! exclamó.

Y saltando á mi cuello con una vehemencia extraordinaria, me agarró la cabeza con sus manecitas y me dió una multitud de besos que casi me sofocaban.

En seguida, muy gozosa, volvió á tomar su aro, y con la movilidad propia de su edad, se echó á correr como una loca.

Yo me quedé muy pensativa, mirando cómo se alejaba, y pensando y diciendo entre mi misma: ¡Otro enigma! pero á lo menos este no tiene nada de amenazador. Es una criatura mas á quien amar, y hé aquí todo.

Cuando desapareció al dar la vuelta de la calle de árboles, yo volví la cabeza y entré en mi paraíso. Sí, ciertamente debió ser en un jardín semejante á este aquel en que Adán y Eva, admirados de verse, se encontraron por la primera vez. ¡Flores, y mas flores! Racimos embalsamados, rojos como el coral, azules como el cielo, divinamente blancos. En el fondo, un murmullo susurraba como un cántico, el ruido del agua que caía en el fondo de una concha de mármol. Y en medio de estos perfumes, de estas verduras, de estos rayos de todos matices, yo marchaba como en un sueño.

Él se levantó del banco en que estaba sentado y me saludó con aire tímido. Estoy convencida que, con un gesto mio, se habría alejado, pero ¡qué súplica tan elocuente en su humilde mirada!

— Deseais verme, ya he venido.

Cogió la punta de mis dedos, pero no atreviéndose á llevarla á sus labios, volvió á soltar mi mano.

— ¡Gracias!

Yo estaba muy turbada, bien conmovida. Pero te aseguro que él lo estaba todavía mas que yo. No pudo decir nada mas, pero sus ojos hablaban por él, y yo leí en ellos tan profunda abnegación, un respeto tan religioso que no tuve ya miedo ninguno.

— El paso que yo he dado os prueba que estoy conmovida de vuestra abnegación y que la acepto. Sin embargo, debo confesaros que el misterio de que os rodeais me espanta un poco...

Allí me contuve y me ruboricé.

El vizconde me miraba fijamente, y sus ojos penetrantes parecían querer leer hasta el fondo de mi conciencia.

— Estoy ligado, me respondió con sencillez; todo lo que

me concierne á mí es vuestro, pero mi secreto no es mio solo.

Confieso que una pequeña travesura me vino á los labios, y que me fué imposible guardarla para mi sola. — Sí, ya sé que teneis muchos secretos, entre otros, un secreto con vestido de raso que se paseaba ayer en el bosque de Bolonia.

Se quedó al principio suspenso, despues se sonrió con una cándida sonrisa.

— ¿Es eso lo que os inquieta? Una mujer que ni yo ni ningún otro puede amar, ¡un corazón muerto!

Luego una vaga idea pasó por su frente.

— Señorita, yo os he ofrecido mi adhesión y vos me habeis hecho la gracia de aceptarla. Está recompensada esta adhesión con un precio que yo no me atrevia apenas á esperar. Estamos pagados. Vos me haciais conocer hace poco vuestro deseo de disipar toda duda entre nosotros; y yo también lo deseaba. Hé ahí la razón verdadera que me ha impulsado á solicitar esta entrevista.

Sé, y quiero que vos lo sepais, que no puedo, sin bajeza ó sin locura, esperar una recompensa mas grande que el solo permiso de serviros.

En el momento de mezclarme en vuestra vida, he creído deberos una explicación franca, que limitará mis pretensiones ó las que pudierais atribuirme.

Él decía todo eso con una tristeza lastimosa. Me parecia que cada una de las palabras que pronunciaba quebrantaba una fibra de su corazón: y en el mio, yo oía esta resonancia lúgubre.

— Le es permitido, prosiguió, al insecto oculto en la yerba del foso, el mirar las estrellas del cielo y aspirar hácia su esplendor. Pero sería una locura de su parte abrir sus frágiles alas exclamando:

« ¡Volaré mas alto que el águila! ¡Me elevaré hasta las estrellas! »

Y si por casualidad, un rayo misericordioso había caído del astro sobre él, ¿no sería su deber decirle: « Estrella, te engañas. Yo no soy el águila domadora del espacio y del abismo. No soy mas que un gusanillo? »

Y hé aquí también lo que queria decir, señorita. Un secreto que me está prohibido revelar, puesto que no es mio, me ha dado un poder, una fortuna, un nombre ficticios. Me creéis noble, y soy el hijo abandonado de algun pobre campesino. Me creéis rico, y el vestido que llevo no es mio. Vos me creéis poderoso, y mi poder lo tengo de otro cuyo brazo soy, su servidor y su instrumento. No me es aun dado defenderos por mi propio brazo. Esta protección que me agradeis entra en la misión que me está confiada; y atribuyéndome vuestro agradecimiento, lo robaria al ser casi divino que me manda. Aceptad pues esa protección sin creer deberme á mí mas que al lacayo que os echa, al salir del baile, un ropon en las espaldas, ó cierra la portezuela de vuestro coche. En verdad, yo no hago mas que él. Como él, obedezco á órdenes recibidas: demasiado feliz de haber sido llamado á desempeñar una misión que yo mismo habria solicitado, ¡si no me hubiese sido impuesta!

—¿Vos la habríais solicitado, decís? ¡Ah! ¿Y no es eso como si vos mismo la hubiérais escogido? ¿Quereis darme todo y no recibir nada en cambio? ¡Nada! ¡ni aun el agradecimiento de mi pobre corazón! Eso no es humildad, es orgullo. Si yo os considerase como el instrumento pasivo que decís, ¿creéis que yo retrocedería ante la deuda que la grandeza del servicio me impone? O bien entonces ¿por qué tratáis de aminorarlo á mis ojos, empequeñeciéndos vos mismo? No, señor; tengo confianza en vos, de vos reclamo una confianza mayor. Vos sois el solo que yo conozco y quiero conocer. Vos me habeis dicho: «Tened confianza en mí y sereis salvada.» Y yo he venido, os he tendido la mano y os he respondido: «¡Creo! ¡Salvadme!» ¡Pero sabed bien que no quiero ser salvada por otro! De vuestra parte, la protección no me humilla. Me engrandece, al contrario, á mis propios ojos, porque yo sé, yo lo adivino, que no es á la compasión sola que yo la debo. Me apoyo con una sinceridad entera en vuestro brazo. Pero ese ser desconocido que os manda, decís, me espanta; y, aceptando todo de vos, de él no quiero nada.

Estaba muy pálido, gruesas gotas de sudor corrían sobre su frente, y sus manos temblaban convulsivamente.

—¡Ah! Cipriana, ¡vos no sabéis, exclamó, de qué delicias me llenarian el corazón vuestras palabras, si me fuera permitido tener la audacia de comprenderlas! Pero no. Un obstáculo, un intervalo nos separa: mi nacimiento y mi fortuna. La alegría de protegeros... ó al menos la de combatir por vos es la única que me sea permitida en lo sucesivo. Os suplico que no me la arranquéis por vanos escrúpulos y falsas razones de dignidad.—Terminada mi obra, asegurado vuestro destino, el vizeconde de la Cruz dejará de existir. Yo me despojaré de este nombre y de este traje prestados. Partiré llevando conmigo como un eterno tesoro de dicha, la conciencia de haber contribuido á la vuestra.—Y vos también entonces, ignorando bajo qué cielo vivo, lo que soy, lo que hago, conservareis en un rincón de vuestra memoria la imagen del vizeconde de la Cruz. Es el único precio que él ambiciona por sus esfuerzos, con la alegría de saberos dichosa.

Las lágrimas me asomaron á los ojos, lágrimas de tristeza, en las cuales había quizás un poco de despecho.

Me tomó la mano, y continuó con voz dulce:

—Cipriana, sois bella y noble, sois rica. Todo recurso contra el destino no puede ser perdido para vos.

Vuestros amigos, aquellos de que no soy mas que el humilde instrumento, son poderosos, y yo no dudo que con su ayuda no consigais hacer cambiar de opinion á vuestro padre. Guardad ese triple don de la belleza, de la nobleza y de la fortuna. Un día encontrareis un hombre digno de vos, noble, bello y rico como vos, y sereis feliz como mereceis serlo. Por mi parte, estaré lejos entonces; con tal que vos os acordéis alguna vez de mí, como de un amigo, de un hermano que os ama... ¡pero cuyo destino es vivir solo!

—¡Ah! sois cruel en pensar que jamas podré ser dichosa sabiéndos aislado, y desgraciado quizás. ¡Ahora detesto esa riqueza y esa nobleza!...

—Yo no seré desgraciado, respondió meneando melancólicamente la cabeza. La via en que me he empeñado es severa; los trabajos y las pruebas que estoy destinado á encontrar no me dejarán tiempo para sufrir. No, Cipriana, el recuerdo de las dichas perdidas no es un tormento sino para los malos y los débiles. El de nuestro encuentro será siempre para mí un apaciguamiento de lo pasado, una fuerza mas en el presente y una esperanza en el porvenir. A cada uno de mis esfuerzos, á cada uno de mis trabajos realizados, me sentiré mas digno de vos, y hallaré un valor mas grande en esta convicción sagrada; no que yo pretenda jamás dar una vuelta imposible á lo pasado, sino que vos sereis para mí lo que es la estrella del cielo para el navegante en peligro. Desde lejos fijaré en vos mis ojos: vos me mostrareis el camino y yo me encontraré entonces mas firme y consolado.

Hé ahí palabra por palabra, mi querida Ursula, lo que nos dijimos en esta memorable entrevista. Salí de ella con el corazón henchido, pero confiada en M. de la Cruz como lo hubiera estado en Dios. ¡El me salvará, estoy segura de ello! ¡Ay de mí! ¡yo no he merecido esa dicha de ser amada de él! ¡Ah! ¡cuánto quisiera que todas sus misteriosas alegaciones fuesen verdaderas y que se encontrara pobre, oscuro, y que se creyera realmente indigno de mí! Podría pues así, á mi vez, sacrificarle alguna cosa. Bien poca cosa, ciertamente. Un nombre que no ha sido hasta este día mas que una carga penosa, pues que, durante mi juventud, me ha traído desterrada de la casa natal. Una fortuna que causa mis angustias presentes, haciendo desear á mi padre que la aumente por un odioso matrimonio. ¡Oh! fortuna y nombre, ¡como yo daría los dos por ser amada de M. de la Cruz!

¡Pero no! él trata de quitarme peligrosas ilusiones; sabiendo que no puede amar jamás, crea entre nosotros obstáculos imaginarios. Todo el mundo sabe que es rico. Basta verle para reconocer que es de noble estirpe. Me miente por compasión. A mí y no á él se aplica el apólogo del insecto enamorado de las estrellas.

Pues bien, sea. La conducta que aparenta querer imponerse será el ejemplo de la mia. Yo también, una vez salvada por su adhesión, buscaré en el santuario de mi corazón un medio de hacerme mas digna de él. Yo no exhalaré un suspiro ni una queja. No derramaré ni una lágrima, y, satisfecha en apariencia con la amistad generosa que me ofrece, le amaré en silencio hasta la muerte...

El cielo está sembrado de estrellas. Pienso en el pobre gusanillo. ¡Oh! si yo tuviera alas, cómo me lanzaría hácia vosotras, serenas luminarias, para gozar de mas cerca de vuestros brillantes resplandores. Pero ¡ay! el peso de mi cuerpo me deja clavada en la tierra: estoy muy lejos de vosotras, relumbrantes estrellas. No importa, ya que vuestro centelleo llega hasta mí y arroja un reflejo consolador en mi oscuridad y en mi silencio.

Adios, Ursula; tengo ganas de llorar, y sin embargo... sin embargo, nunca me he sentido ni tan feliz ni tan ligera.

XVI

MARIDO Y MUJER.

A pesar del aire de indiferencia y de contento, primero fingido, y luego natural, que Cipriana tomaba delante de ella, la señora de Puysaie no era juguete de las protestas que su hija le había hecho, en un momento de entusiasmo irreflexivo. La pobre mujer sentía pesar grandes y abrumadoras cargas sobre su conciencia, cargas que conoceremos presto, — para añadir á ellas aun la de dejar, ante sus ojos, realizar la desgracia de su hija, sin hacer, por su parte, un esfuerzo en su favor, una protesta, al menos una súplica.

Ademas el momento parecía bien escogido.

M. de Puysaie, minado por una tristeza sorda, se aproximaba insensiblemente á Cipriana y á su mujer. El abandono de Nini Moustache, de esa muchacha por quien había sacrificado todo, le había anonadado. A este ser, débil con apariencia nerviosa, le era enteramente necesaria una afección que le sostuviese. — Había creído, — ¿cuál es el ser aislado y que padece que no se hace esas ilusiones?... — que Nini Moustache le era adicta realmente. ¡Oh, ciertamente! él jamás le había pedido mas de lo que ella podía darle, mas que el agradecimiento banal que el animal siente hácia aquel que le alimenta; pero ese reconocimiento, por instintivo que fuese, le bastaba. Creía haberlo merecido, y hé aquí que de repente ella le faltaba en el momento en que no tenía en el mundo sino á ella para dar reposo al corazón.

Por eso, cuando la señora de Puysaie solicitó humildemente de él una conversacion, la concedió sin vacilar.

La recibió, tendido en un sofá-camilla, — en un cuarto oscurécido á medias por las cortinas, enteramente corridas.

—¿Cuál es el motivo, señora, que me vale el honor de vuestra visita?...

—¿Vos me lo preguntais, señor... y en el momento en que sufris?

—En efecto, respondió amargamente el conde: esa es una razon excelente... — pero nadie nos oye, y uno y otro podemos buscar una mejor...

—¡Ah! murmuró la señora de Puysaie, ¡estoy perdida!... vos no me perdonareis jamás.

Su marido se incorporó con viveza.

—¡Yo no soy Dios, señora, para perdonar!...

Y volviendo á tomar su tono ligero:

—Basta de tragedia, continuó levantándose enteramente. Los maridos engañados pertenecen al repertorio cómico, — cada cual sabe eso. — Hay también, para expresar el ridículo, una frase grotesca que hace casi morir de risa á las buenas gentes y es esta: — «El amante, hé aquí el hé-

roe; el marido, hé ahí el necio.» — Por otra parte, yo tenía todas las culpas, yo era rico, aceptado por vuestra familia, cuidadoso de nuestro porvenir comun y del de nuestra raza: razones todas que hacen á un hombre pesado y fastidioso. El otro era joven, casi un niño, poético como un sueño, pobre como un pastor de Florian. No teniais mucho que vacilar, y yo habría sido un majadero en dudarlo.

Dió algunos pasos por el cuarto y apretó los puños...

—Ha tenido todo en su favor, ese pilluelo... hasta una muerte novelesca y patética en la tierra del destierro.

La señora de Puysaie estaba pálida como una muerta.

—¡Gracia, gracia! exclamó, no calumniéis la memoria del caballero de Alizes.

—¡Cómo! replicó el conde con furor, todavía le defendeis... y le amais siempre...

—¿Le he amado alguna vez?... suspiró. ¡Ah! creedme, dejemos á los muertos en su tumba. No turbemos con injustas recriminaciones la paz eterna que han conquistado con el sufrimiento, el odio y la prueba.

—Vereis presto, dijo renegando el conde, que él será el justo y yo el culpable.

—No, dijo la condesa, tendiendo hácia él sus manos suplicantes, que se veían palpar en el aire oscuro como dos palomas; — sino yo misma, yo sola. ¡Oh! reservadme todas vuestras iras, todas vuestras indignaciones, todo vuestro desprecio, Loredano, y no me oiréis quejarme nunca: ¿me habeis visto ni una sola vez rebelarme cuando vuestros reproches no herian mas que á mí? Al contrario, ¿no he dado gracias y bendecido la mano que me castigaba, y que, por un sufrimiento merecido, aligeraba tanto mi expiación futura? Hacedme mas despreciable que la última de las sirvientas, mas envilecida en vuestro corazón que la mas asquerosa de las mujeres de la calle. ¡Oh! ciertamente, el castigo será terrible; no obstante, me esforzaré por sonreír, y no tendré una palabra de amargura contra vos. Pero que vuestra venganza, merecida por mí sola, no recaiga sobre los demas. No acuseis, no acuseis el recuerdo del caballero de Alizes. No hagais la eterna desgracia de mi hija, ¡de vuestra Cipriana!

—¡Mi Cipriana! murmuró el conde, y con voz retumbante, repitió: ¡Mi Cipriana! ¿Cómo os atreveis á pronunciar este nombre delante de mí? ¿Creéis con ese nombre desviar mi just...?

Se mordió los labios hasta hacerse sangre, y poniéndose de repente mas tranquilo, prosiguió:

—Eseuchad, señora, no quiero irritarme, aun menos juzgar. Ya no tengo derecho á ello. La falta, que al principio os era particular, ha llegado á ser recíproca. Yo me siento hoy dia tan culpable ó mas que vos; y el único castigo que me sea permitido imponeros, es el de revelaros la profundidad del abismo en que vos nos habeis hecho caer. Porque, mirad, la caída de una gran raza y de una gran fortuna, es semejante á la de un edificio. Por antiguo que sea su origen, interin la clave de bóveda permanezca en su puesto, el edificio resiste; pero quitada aquella primera piedra, el todo se desmorona miserablemente. Yo he sido el que he consu-